



Estudios de
Antropología y
Arqueología

Las políticas del sentimiento

Imaginando y recordando Guayaquil

O. Hugo Benavides



Centro de
Publicaciones

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

Las políticas del sentimiento Imaginando y recordando Guayaquil

O. Hugo Benavides

Quito, Ecuador: Centro de Publicaciones Pontificia
Universidad Católica del Ecuador, 2018

I. El libro “Las políticas del sentimiento: Imaginando y recordando Guayaquil” de Hugo Benavides debe leerse como un esfuerzo agudo y honesto por retratar una ciudad esquivada, contradictoria, casi esquizofrénica, “tóxica” en lenguaje “millennial”, y por lo mismo deseable y deseada como ninguna, la bien querida Perla del Pacífico. Sin embargo, este esfuerzo trasciende y se convierte en una ventana que nos ofrece importantes claves para mejor entender el Ecuador en su conjunto; pequeño y hermoso país, fundado en medio de tensiones, contradicciones y negaciones permanentes.

Utilizando como estudio de caso la cultura popular -específicamente la poesía de Medardo Ángel Silva y el pasillo- el autor nos muestra cómo los sentimientos aparentemente “individualistas” y baladíos relacionados con estas manifestaciones sociales, son por un lado compartidos por buena parte de población en estudio y por otro lado son fundamentales en cuanto sostén de una “comunidad imaginada”¹ y de la concomitante producción y mantenimiento de jerarquías sociales. No obstante, el autor no está tan interesado en el análisis hermenéutico de las representaciones emocionales (sean los poemas de Ángel Silva o las canciones de Julio Jaramillo) como en los resultados, consecuencias y efectos de poder de estos dispositivos, dentro de la reproducción cultural y por tanto dentro de la vida cotidiana.

II. En términos teóricos, hay dos grandes bloques de discusión que se traslapan y tejen a lo largo de la obra: el asunto de la construcción histórica de un proyecto hegemónico y la construcción social de un sentido de identidad. Discusiones abordadas desde el estudio de la producción política del sentimiento en el contexto guayaquileño. Para ello, apoyado en las reflexiones de Raymond Williams² argumenta a favor de “estructuras de sentimiento”, pues lejos de ser manifestaciones íntimas y efímeras, estas emociones compartidas se articulan y expresan una formación social emergente, además de estar ligadas a una estructura hegemónica normativa y normalizadora.

En este marco, la clave política para leer este libro es la noción de “hegemonía” de Antonio Gramsci³, con ella podemos entender que el poder más efectivo y sustentable es el que se establece y consolida en la mente de los dominados y que la finalidad instrumental de los discursos del poder es la homogenización, la pacificación (expresada en la domesticación y la cooptación de las resistencias) y en último término, el control de poblaciones.

1 Anderson, Benedict. (1991) *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

2 Williams, Raymond. (2000) [1977] *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península. (2001) [1973] *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

3 Gramsci, Antonio (1988). *Antología*. México: Siglo XXI Editores.

Todo proyecto social que pretenda un estatus de hegemonía debe naturalizar un conjunto de supuestos, diluir discursivamente las contradicciones y escoger los relatos que se perpetúan y los que se silencian. Así, dispositivos sociales de la memoria y el olvido operan una suerte de transmutación discursiva que cercena la realidad. Una ciudad marcada por la intolerancia, la explotación y la violencia, cuyo pico se puede reconocer en la masacre obrera del 15 de noviembre de 1922, deviene sustentada en un conjunto de relatos, tradiciones, festivales, verbenas, chivas o máscaras, que eluden saldar cuentas con la historia y a la vez reinscriben a la población ultrajada en un discurso tramposo de identidad y orgullo cívico que esconde nuevas formas de marginalidad y exclusión ya en el Guayaquil de hoy en día.

No deja de ser irónico, que el imaginario hegemónico pacificado y domesticado de Guayaquil, tenga precisamente como uno de sus pilares fundacionales a un personaje como Medardo Ángel Silva, cuyo perfil (léase pobre, racialmente discriminado y sexualmente ambiguo) lo debía condenar a la marginalidad. Benavides, simbólicamente toma venganza de esta memoria traidora, al transparentar sus negaciones, omisiones y contradicciones y al denunciar el uso abusivo de un poeta esculpido en mármol, fuera de la historia y de sus conflictos individuales y sociales. Quiero pensar, que el imaginario social de Guayaquil, no merece menos que este relato de traiciones y venganzas y que Benavides es la persona idónea para desentrañar las encrucijadas del poder y reconstruir el melodrama de la ciudad y la nación⁴.

Habrà que aclarar que el autor del libro no propone cambiar al poeta de un altar a otro. Por el contrario, haciendo una transposición de lo individual a lo colectivo, nos demuestra que la identidad social como sucede con la individual, no puede reducirse a un discurso plano y sin fisuras. En el fondo el texto es también un instrumento para bregar contra las trampas y las ilusiones de la identidad, entre ellas, la ilusión de que la identidad es un constructo monolítico y libre de contradicciones. En contraposición a ello, revisando críticamente el discurso histórico del “Guayaquil antiguo”, el autor nos revela una identidad erigida sobre la negación del conflicto, “basada en el rechazo de uno mismo y constituida por lo que uno no tiene o no es” (p. 23).

Benavides además de poner en el tapete algunas de las discusiones y contradicciones que configuran nuestra identidad, lidia con las ausencias, con los vacíos y los silencios. Así mismo, no se limita a acusar un discurso identitario tramposo, clasista, racista y sexista, que niega lo que somos, sino que se empeña también en explorar y comprender las complejas maneras en que estas estructuras raciales, económicas y sexuales se entrelazan productivamente.

No es menos remarcable la valentía de este trabajo al problematizar una “realidad histórica de la modernidad guayaquileña que nunca ha sido cuestionada” (p. 145). Lejos del panfleto intransigente, el autor nos entrega un instrumento de lucha y de disputa de significados frente a un relato hegemónico. Nos advierte sin embargo, de los peligros y las consecuencias, pretéritas y actuales, de “ver la luz” y denunciar que el “emperador va desnudo” en un contexto en el que por comodidad o miedo, preferimos normalmente la obsecuencia y “el cuento de la patria”. En ese sentido, la propia vida y muerte de Medardo Ángel Silva, nos recuerda que el atrevimiento y honestidad descarnada, cobran un alto precio.

En perspectiva, si bien la obra postula que la pretensión de modernidad de Guayaquil está signada por la herencia poscolonial de la tragedia, también vislumbra en algunos elementos constitutivos de la identidad -como por ejemplo la migración- la posibilidad de una reinención y apropiación activa de los discursos hegemónicos.

III. Asuntos metodológicos, éticos y de estilo no son menos remarcables en este trabajo, dejando importantes enseñanzas a investigadores en proceso y laureados.

4 Benavides, Hugo. (2006). *La representación del pasado sexual de Guayaquil: historizando los enchaquirados*. *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, 24. Quito: FLACSO.
 (2008) *Drugs, Thugs and Divas: Telenovelas and Narco-dramas in Latin America*. Austin: University of Texas Press.
 (2015) *Historias ecuatorianas y encrucijadas de poder*. Quito: Colección Latitud Cero. Gobierno Autónomo Descentralizado de Pichincha.

Con finura y haciéndolo parecer sencillo, Benavides logra la alquimia de convertir lo etéreo en sólido sin traicionar su naturaleza. Dota a la profunda subjetividad y a los sentimientos de una solidez instrumental, como estrategia heurística para mejor comprender los procesos de construcción de una identidad colectiva, sus usos y consecuencias materiales. A la par, reivindica a la antropología como una trinchera, como un espacio para resistir y lidiar con nuestras propias contradicciones y fantasmas.

Con sensibilidad recurre a gestos poco comunes en el repertorio de científicos sociales ortodoxos y sus pretensiones de objetividad y distancia. No solo no evade su compromiso ontológico con los argumentos que va construyendo, sino que hace de su cuerpo, su imaginación y su memoria el material privilegiado con el que trabaja, reflexiona y valida sus tesis. Verbigracia, trae al presente a Medardo Ángel Silva, lo sienta a la mesa y conversa de él y con él, como con un colega. Lo interroga, funda con el poeta un diálogo que nos vuelve contemporáneos y cómplices en la nostalgia, la tristeza y los anhelos. Parece decirnos que los guayaquileños, de muchas maneras son Silva y Silva de alguna forma es Guayaquil.

Con paciencia y habilidad de orfebre, el autor nos regala un texto que conjuga profundidad teórica con riqueza poética y poética. Lo mismo cita a Lacan o Foucault como a Borges y Rulfo. Despliega una recursividad investigativa, con la que se mueve con versatilidad entre la literatura, la etnografía, la historia o la teoría social. Hace por ejemplo de la poesía un hilo articulador de sus argumentos, y así, con originalidad y atrevimiento, da una lección de frescura y vitalidad en la construcción de pensamiento social.

Hugo Benavides desde hace rato, está empeñado en abrir nuevos caminos y debates lejos de simplificaciones, apologías estériles o complicidades sospechosas. Por tanto es un privilegio contar con esta edición traducida al español, como un aporte importante a los estudios ecuatorianos y a las ciencias sociales en general.

Israel Idrovo Landy
Centro de Etnografía Interdisciplinar KALEIDOS
Universidad de Cuenca/FLACSO

Las políticas del sentimiento o cómo hacer de Guayaquil un país

Quiero hablar en esta ocasión como editor y no como crítico. Mi experiencia con los estudios de la cultura en la universidad Andina llegó a su fin, gracias a dios, hace algunos años. Siempre me quedó el mal sabor de boca de que nunca éramos nosotros los que llevábamos el debate, sino que utilizábamos un aparato teórico que bajo el paraguas de postcolonial seguía siendo impuesto desde centros anglófonos donde algunos intelectuales latinoamericanos pensaban a América Latina. Yo venía de una tradición más bien estructuralista, que era el tipo de estudio que primaba en la Facultad de Comunicación y Literatura de esta Universidad, lo que hacía que consideráramos las obras como objetos de estudio apartados de su universo cultural. Diseccionábamos las obras porque lo que nos interesaba era determinado uso del lenguaje o determinada estructura de la novela. El contexto, por otra parte, reposaba allí como un paisaje necesario de ese texto que analizábamos. Así estudiamos a Medardo Ángel Silva, por ejemplo, desde sus relaciones con el modernismo hispanoamericano. Lo que nos interesaba era, pues, el uso estilístico que había hecho de esa su fuente primordial.

Al leer *Las políticas del sentimiento* de O. Hugo Benavides, algunas inquietudes respecto de esos dos acercamientos me han vuelto a saltar a la mente. Primero, que todo autor y su obra están atravesados por «estructuras de sentimiento» que los definen, íntimamente ligadas a las estructuras hegemónicas culturales, como dice Benavides, y por otro lado, que toda obra, incluso la más ilegible, tiene un fin posterior, es decir que no hace magia por sí misma. La lectura que propone Benavides sobre la vida y obra de Silva es legítima y compleja, en tanto lo estudia como un ícono cultural y no como un objeto literario. El matiz es importante porque este «estatus icónico» de Silva funciona como metáfora de la ambivalencia de la ciudad de Guayaquil en sus orígenes e identidad. Tres marcadores significativos Benavides encuentra en la vida y en la obra de Silva en consonancia con la ciudad de Guayaquil: 1. Lo que significa ser visto, llamado o entenderse como cholo en el contexto social de la ciudad. 2. El rol de la madre y el amor por ella en la identificación social, y 3. El sentido siempre presente de pecado o transgresión en la vida social de la ciudad.

Benavides recalca con insistencia el origen afro de Silva y su necesidad de ocultar ese origen. Esto le permite asociar al poeta con la ciudad desde una constante negación de sus orígenes, dado que la presencia indígena original de Guayaquil fue diezmada bajo el dominio español. Así, tanto Silva como Guayaquil establecen un silencio sobre su raigambre en post de un estatus social más alto y de mejores oportunidades de subsistencia. En cierto modo, la poética del sentimiento de Silva se vuelve la política del sentimiento del ciudadano guayaquileño. Sin adentrarnos en los otros dos marcadores significativos de esta coincidencia, es decir la relación con la madre, y la experiencia culposa de la sexualidad, Benavides logra hacer una lectura de los ejes normativos hegemónicos de la cultura guayaquileña a partir de este poeta icónico y contradictorio.

El autor usa la noción de estructuras del sentimiento de Raymond Williams (1977), entendida como las representaciones y valores que conectan la estructura de clases, sus instituciones y su ideología correspondientes con la vida cotidiana de los individuos y la producción de la cultura material, así como con sus experiencias y manifestaciones emocionales individuales o colectivas. De allí que logra anclar la metáfora de Silva con la condición de un Guayaquil cargado de nostalgia, con un continuo impulso por ocultar sus limitaciones raciales, sexuales y de clase. Así surge la invención del Guayaquil antiguo como tropo de la ambigüedad hegemónica de una ciudad a la que le urge sostenerse como capital socioeconómica del Ecuador. La lectura de Benavides se relaciona directamente con la idea de investidura y poder, y sobre la capacidad metonímica de esta zona de la urbe, es decir el Guayaquil antiguo, que irradia formas coloniales y románticas, pero que resalta la negación de la tradición precolombina e independentista.

Esta creación de una nostalgia de un Guayaquil que no existe genera discriminación sobre otra realidad: la de la migración serrana a partir de la década de 1930. Dice Benavides: «La frágil necesidad de una identidad guayaquileña, junto con la poderosa representación de un pasado histórico homogéneo para el puerto, se ha transformado lentamente en una forma divisoria de regionalismo que ridiculiza a los serranos. Los guayaquileños los ven como atrasados y tontos (incluso por la genealogía indígena, más cercana a las tierras altas), mientras se presentan a sí mismos como inteligentes y atrevidos». Tal discriminación implica una visión de superioridad por su condición de mayor potencial económico y su relación directa con el mundo, dada su situación geográfica de puerto.

A decir de Benavides, Guayaquil ha tenido que simbolizar una modernidad a través de la construcción de una narrativa que funde a Medardo Ángel Silva con Julio Jaramillo y el pasillo. El resultado es una pretensión romántica seductora. Aun cuando el pasillo parece ser el género musical por excelencia del Ecuador, es particularmente popular en Guayaquil. El pasillo costeño, sin embargo, suele ser más alegre y vivo, aunque no por ello menos triste y nostálgico. Este discurso trágico tiene que ver directamente con la obra de Silva, que atraviesa este libro como la entraña de una identidad contradictoria.

Sin embargo, estas políticas del sentimiento no solo atraviesan a los ciudadanos dentro de su territorio, sino que se extienden a los migrantes que se reidentifican a través de ellas con su ciudad de origen. Benavides asienta siempre el tamiz sobre esto: el migrante guayaquileño es primero guayaquileño, y luego sí, ecuatoriano. Dice: «La migración misma es una manera particular de alcanzar la guayaquileñidad, que podría estar fuera del alcance de la mayoría, ya que los ideales migratorios nunca se cumplen, sino que se integran activamente a la patria imaginaria en el exilio, como es sentida y cantada en los pasillos».

Benavides plantea un trazado que va desde la literatura hasta la etnografía, pasando por la música popular, los concursos de belleza y el Cristo Negro. Después de haberlo leído, me he quedado con la sospecha de que Guayaquil no es una ciudad sino un país. Quizá si los quiteños hiciéramos el mismo ejercicio de mirarnos desde la construcción hegemónica, deberíamos hacer una lectura de la vida y obra de Jorge Carrera Andrade para pasar por la construcción del imaginario del Centro histórico, los conflictos identitarios racistas, xenófobos, homofóbicos y centralistas, para terminar en la visión barroca de la Virgen de El Quinche. Tendríamos, seguro, la misma conclusión de Benavides: proyectos identitarios truncos, ambiguos, como son todas las formas de identificación y de identidad, porque son narrativas idealizadas, sumamente fracasadas.

Santiago Vizcaino
Director Centro de Publicaciones. PUCE